

A propósito de *Latinoamericanos en busca de un lugar en este siglo*

Néstor García Canclini

Latinoamericanos en busca de un lugar en este siglo

Paidós, Buenos Aires, 2002

Eduardo Nivón Bolán ✓

No parecen ser buenos los tiempos para pensar en lo latinoamericano. En México hemos pasado por diversos momentos de esa reflexión, a veces divertidos, a veces trágicos y otros más solemnes. El atropellado pensamiento de José Vasconcelos, con su vitalismo y voluptuosidad, escribió algunas de las páginas más coloridas, como aquella del 12 de octubre de 1920 en que, ante el desprecio que le ocasionaba el despotismo en Venezuela de Juan Vicente Gómez, ofreció a los estudiantes de la universidad una bandera venezolana "para que fuera paseada por las calles y flotara libre en México en tanto no podía hacer lo mismo en su nación", con la consiguiente protesta del cónsul y la amenaza de renuncia del propio Vasconcelos, en ese tiempo rector de la universidad.

O aquella otra, cuando, enviado a Argentina y Brasil para el centenario de esta última república en 1922, aprovechó para hacer una rápida visita a Chile, donde el gobierno lo recibió con gran cordialidad y lo llevó a conocer sus museos. Lleno de rabia al ver las banderas arrebatadas en guerras con Perú, Vasconcelos emprendió un regaño de corte bolivarista, conminando al gobierno chileno a devolver las banderas. En menos de 24 horas, Vasconcelos estaba de nuevo en la frontera argentina.¹

Pero el latinoamericanismo de Vasconcelos asume tintes dramáticos en Octavio Paz. El drama tiene un nombre, "la modernidad", y el protagonista es un héroe vencido por la historia. Aunque aspiró a vestir ese ropaje, la tragedia de sus vicios —regímenes de fuerza, despotismo, oligarquía— sólo lograron que aquella le sirviera de disfraz. "Gentes de las afueras, moradores de los suburbios de la historia, los latinoamericanos somos los comensales no invitados que se han colado por la puerta trasera de Occidente, los intrusos que han llegado a la función de la modernidad cuando las luces están a punto de apagarse".² ¿Cómo instaurar la modernidad en Latinoamérica según Paz? Tal vez la respuesta más frecuente del poeta fuera que a base de conciliarnos con nosotros mismos, donde la primera conciliación sería la instauración de la democracia.

Los años sesenta y setenta fueron, por su parte, tiempo de un latinoamericanismo solemne. La patria grande de Fidel y el Che recuperó a Martí y a Sandino, a Mariátegui y a Allende, creando un destino común para las naciones del subcontinente unificadas en un proyecto antiimperialista y de liberación nacional, aderezado de canciones a las grandes alamedas o de poemas de Neruda.

Pero el fervor latinoamericano se fue apagando en los últimos 20 años del siglo pasado. Las dictaduras y las crisis económicas de los ochenta, la desilusión de la reinstauración democrática de los

noventa, la deuda, la apertura indiscriminada y la recesión de los últimos años, no han dejado mucho espacio para pensar en qué somos o qué podemos ser los latinoamericanos.

García Canclini no deja mucho lugar para el optimismo. Entresaco algunas declaraciones suyas con cierta licencia: presenciábamos en la región una "pérdida de proyectos nacionales" (pág. 51) y una "desconstrucción de las naciones en América latina" (pág. 52); vivimos "en una América latina que retrocede" de la que compartimos "la actual decadencia" (pág. 81); nos afectan la "desnacionalización" y "desglobalización" (pág. 89) y apenas nos quedan "cultura y sociedades nacionales con perfiles históricos distintivos" (pág. 95).

El derrumbe está a la vista y Néstor no elude documentarlo. Fuga de capitales, crisis política, incapacidad, corrupción, intromisión de agentes económicos. Todo parece haberse confabulado para hacernos apreciar que lo único que nos une es la terrible deuda, "1550 dólares al nacer" —cita Néstor—, de modo que ser latinoamericanos parece ser más bien un "trágico destino prenatal". Se comprende que una de las preguntas iniciales del texto sea, un poco con curiosidad y un poco con ironía, "¿quién quiere ser latinoamericano?"

Me llaman la atención del ensayo el uso de una expresión y un desplazamiento. El término es América latina, esta última palabra empleada como adjetivo y escrita con minúscula. Se trata del uso de un calificativo que señala a una parte del continente con una cualidad que no le otorga algún carácter ontológico. La expresión sustantiva "América Latina", ahora con mayúscula, está ausente en el ensayo, así como la voz "Latinoamérica", que sería su equivalente. Sólo hay un indicio en el libro para entender el uso de esta minúscula y es tal vez el desgaste y la solemnización de épicas pasadas. Son tiempos, parece decirnos Néstor, de apertura y de complementos necesarios, de diálogo global.³

El desplazamiento que observo en el discurso de García Canclini se refiere a la noción de modernidad. Quiero decir la pérdida de centralidad del concepto en el análisis de América latina. Si para Octavio Paz el drama latinoamericano se esconde en las características de su apertura al mundo moderno y en la pretendida negación de su pasado, para García Canclini la modernidad sólo es una característica que nos diferencia de otros procesos. “¿Por qué atrasa nuestra modernización?” (pág. 46) exclama Néstor luego de referir el paso galopante y desigual del proceso auspiciado por el neoliberalismo. El trato marginal que da García Canclini al tema de la modernización tiene, desde mi punto de vista, una expresión positiva al desembarazarlo de la notable carga de sentido con que se le trató hasta hace pocos años. Y es que la globalización que presenciamos está dejando arrumbado en el cajón de los trebejos este concepto. Si hace 15 años Bartra⁴ nos advertía del frustrado proceso de modernización que había vivido México a lo largo del siglo xx, proponiéndonos llamarlo mejor desmodernismo (o más bien “desmodernismo”, más a la mexicana), el análisis de Néstor acerca de la globalización nos ha hecho ver el papel secundario que actualmente nos hace preguntarnos si somos o no modernos. La integración al mercado y a las expresiones más superficiales de la cultura mundial que García Canclini analiza con astucia en este ensayo, nos hace ver que la cuestión carece actualmente de sentido y que el problema fundamental es el de encontrar vías para construir otra globalización, basada en relaciones solidarias y en instrumentos para expresar la pluralidad de culturas y de caminos creativos.

Tal vez haya otra razón para explicar el desplazamiento de la modernidad en el discurso de Néstor: el fracaso o la crisis de la nación en América latina. Junto con el predominio de la razón y la libertad individual, la modernidad trajo consigo la construcción de este sujeto colectivo fantasmagórico –dado que es una comunidad imaginada–, pero terriblemente real en tanto aliento de acciones colectivas, inspirador de derechos y motor de relaciones con el resto del mundo, las que consecuentemente llamamos internacionales. América latina se presenta ante el mundo como una expresión de los procesos posnacionales que hay en el planeta. Hace pocos años Robert Cooper distinguió en el mundo Estados con diferentes procesos nacionales. La Unión Europea sería la expresión de una renuncia voluntaria a la idea de soberanía y la aceptación de injerencias externas en la vida interna de cada país, y por eso caracteriza a sus Estados como posnacionales. Habría, por otra parte Estados nacionales como los mismos Estados Unidos que, armados con un fuerte sentido de la soberanía –en realidad el único Estado soberano que hay en el mundo– organizan su vida social a partir de una legislación propia sin aceptar cortapisa alguna a sus propias decisiones. Por último tendríamos sociedades prenacionales que aún no logran estructurar claramente su convivencia social, cuyos mejores ejemplos son los países africanos.⁵ ¿Qué son los Estados latinoamericanos? Néstor nos los dibuja como sociedades fracasadas. Ni las acciones inspiradas en el proyecto desarrollista ni la actual ofensiva neoliberal han logrado constituirlos como sociedades soberanas ni las han integrado a un proyecto cuali-

tativamente superior. Las soluciones a sus problemas son tan disímiles que, como dice García Canclini, unifican pero no unen a los países latinoamericanos. Si el fracaso de nuestras sociedades nacionales más que una simple reminiscencia del pasado, es una expresión más de nuestra defectuosa integración a la globalización, ¿cuál es el futuro de las sociedades nacionales? Con todo y las propuestas que ofrece Néstor para encontrar un espacio en el mundo globalizado, podríamos preguntarle: ¿tenemos sentido como naciones? ¿Son capaces los Estados de enfrentar las tendencias negativas de la globalización o hay que buscar en otros agentes sociales la conducción de estos procesos?

Hay en el discurso de Néstor una vitalidad que no deja de impresionarme, como seguramente lo hace en todos los que convivimos, con alguna cercanía, con él. Me refiero con esto último a los que formamos parte del colectivo del Departamento de Antropología que en 12 años lo hemos visto publicar artículos de *Culturas híbridas*, *Consumidores y Ciudadanos*, *La globalización imaginada* y este ensayo, entre otros trabajos más. Pareciera que su trabajo está tocado por lo que en la página 71 describe como “genio” aludiendo al pensamiento idealista. Pero si –como él mismo dice– el arte no es posible sin escuelas, bibliotecas, medios de comunicación, museos e industrias culturales, su trabajo es igualmente imposible sin la disciplina, el estudio, el intercambio de opiniones con muchos y diferentes colegas y, sobre todo, sin una preocupación notable por cómo traducir la investigación sobre cultura en políticas de acción. En los últimos años hemos vuelto a ver en García Canclini la preocupación por las políticas culturales como un tema central de su reflexión y el instrumento con el cual los latinoamericanos podremos encontrar un lugar que ocupar en este siglo. Los latinoamericanos –nos dice– no somos una esencia, una identidad. Somos más bien un espacio (pág. 94) o, mejor aún, una tarea (pág. 36), y para crear este lugar o cumplir con ese empeño, García Canclini piensa en diversas estrategias que van desde el discernimiento de áreas estratégicas, la definición de políticas culturales y el cultivo y la protección de la diversidad cultural. Y todo esto para mañana, para el horizonte inmediato del 2005 o del 2010. ¿Qué pasa si no somos capaces de lograrlo? ¿A dónde va la América latina que no es esencia, sino espacio compartido? ¿Hay espacio aún para la esperanza? Este ensayo está lleno de optimismo pero, por las dudas, cabe repetir la enseñanza que Néstor extrae de Luis Cardoza y Aragón, verdadero inspirador de este ensayo: para que el nacionalismo no sea una “idiotez”, tiene como condición que ser universal. ☺

¹ Estos sucesos son narrados por el propio Vasconcelos en sus *Memorias II* (fce, México, 1982). El episodio chileno lo narra José Joaquín Blanco en *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica* (fce, México, 1977).

² *Laberinto de la soledad, posdata, vuelta al Laberinto de la soledad*, fce, México, 1994, pág. 237.

³ Con posterioridad a la elaboración de esta nota, García Canclini explicaba que en la versión original América latina estaba escrita con mayúscula pues considera que se trataba de una expresión sustantiva, pero que por criterios editoriales la expresión fue modificada la forma en que aparece en el libro. De cualquier modo mi comentario es un ejemplo más del camino autónomo que siguen los textos una vez publicados.

⁴ *La jaula de la melancolía: identidad y metamorfosis del mexicano*, Grijalbo, México, 1987.

⁵ Robert Cooper, *The post-modern state and the world order*, 2ª ed., Demos Book.